

Juego de lápices

Escribe: CARLOS DELGADO NIETO

José Ruidíaz habría podido llevar una vida más tranquila, instalar algún negocio que no lo obligara a madrugar; habría podido al menos residir en otro sector de la ciudad, más comfortable, ya que poseía buenos saldos a su favor en varias cajas de ahorros. De buena gana habría abierto una cuenta corriente. Consideraba tonificante, superador, poseer una chequera, y veía algo épico en el gesto de firmar un cheque, desprenderlo del talonario y extenderlo para pagar. Pero las cuentas corrientes no ganaban intereses; en un periódico había leído que cuando el Estado interviene los bancos, los ahorros son más respetados; y por lo demás, ¿a quién diablos le iba él a pagar con un cheque? Los cultivadores de naranjas no sabían de esas cosas y ni siquiera sabían firmar. Lo de la chequera había, pues, que dejarlo para cuando tuviera la gran agencia de aduanas con que soñaba. A él le constaba que los mejores negocios eran los relacionados con el vicio (el alcohol, la prostitución, el tráfico de drogas heroicas); pero él era un hombre sano, no haría esa clase de negocios, o... ¡quién sabe! Por ahora seguiría con el negocio de naranjas, que le gustaba, así como le gustaba Barranquillita con sus calles sin asfaltar, en las cuales se formaban charcos cuando llovía, con los grandes depósitos y las fondas ahumadas. Le gustaba ver a los primeros rayos del sol aquellas canoas en que las naranjas sobrepasaban el nivel de la borda, así como los pescados que multiplicaban en sus cuerpos la luz del amanecer.

Ruidíaz y otros dos "mayoristas" del barrio compraban todo el cargamento de naranjas que llevaban las canoas procedentes del interior, con lo cual todas las naranjas destinadas a la ciudad, así como el precio de ellas, quedaban a merced de tres personas. El cargamento era vendido por docenas a los minoristas, en especial a los que en carretas y carretillas recorrían las calles céntricas y los barrios residenciales vendiendo las frutas una a una. Antes de iniciar su recorrido estos vendedores ambulantes limpiaban las naranjas hasta sacarles brillo, a fin de que lucieran mejor y se escandalizaran menos los clientes al escuchar el precio. Uno de los compradores más seguros de Ruidíaz era el Negro Juancho, quien vendía en el barrio de El Prado y cuyo apellido nadie se preocupó nunca por averiguar.

El Negro Juancho cargaba su carretilla no solo con naranjas sino también con bananos o *guineos*, como se les llama en la costa atlántica

colombiana; llevaba siempre de las dos especies más cultivadas allí: *guineo largo* y *guineo manzano*. Ese día había hecho ya su provisión de naranjas y se había despedido del mayorista, pero regresó. Necesitaba un lápiz para verificar la cuenta que le hacían de los plátanos en el depósito de al lado. Ruidíaz acababa de hacer una anotación y le tendió automáticamente el lápiz nuevo que tenía en la mano, un largo lápiz verde con borrador y la punta bien afilada. Cuando el Negro Juancho se acercaba a recibirlo, Ruidíaz cambió de parecer, retiró su mano y le dijo, más en serio que en broma:

—Aguarda, aguarda un momento. Tú a veces te demoras mucho en devolver las cosas. Mientras hablaba sacó de un bolsillo del pantalón un cabo de lápiz amarillo, sin borrador y con la punta abollada. Al recibirlo, el Negro rió con toda la boca, mostrando una magnífica dentadura. En esta faltaba un diente, pero no a causa de caries sino porque una noche en que estaba muy bebido se golpeó la cara contra la baranda del puente que une a Barranquilla con su diminutivo. El Negro Juancho no era siempre alegre. Ese día estaba animado porque era sábado y se vendía más. Por otra parte, él también tenía sus diversiones y sus amistades, con las cuales la pasaba muy bien teniendo de por medio, eso sí, una botella de ron blanco.

Al anochecer, ya vendida la provisión de naranjas y después de haber tomado una ducha en lo que él llamaba baño, pero que en realidad no era más que un ángulo de tablas del cual sobresalían tanto la regadera como la cabeza del bañista, José Ruidíaz salió de paseo. Mientras cruzaba el puente con paso solemne y oyendo con agrado un leve chirrido de sus zapatos nuevos, pensó dirigirse a un salón de cine y ver una película; pero en cuanto llegó a la otra orilla torció instintivamente hacia la izquierda. Era la vía de *El Boliche*, sector bastante ruidoso y en el que predominaban las cantinas y las mesas de juego. El no era ni jugador ni bebedor, pero le gustaba aquel ambiente, se sentía cómodo allí. Además, había encontrado siempre muy bien sazonados los platos que vendían en *El Boliche* al aire libre y que eran muy baratos. “Con lo que cobran en esos restaurantes del Callejón de Progreso” —se decía—. Varias veces había hecho la cuenta para comprobar que los precios de *El Boliche* eran la tercera parte de los del Callejón del Progreso. Y no es que alguna vez hubiera comido en este. Una noche tuvo, ciertamente, la intención de hacerlo, más cuando leyó la carta y se enteró de los precios optó por pedir solamente una tacita de café.

Después de consumir un plato de carne con yuca y uno de arroz Ruidíaz se dio a curiosear por entre las mesas de juego: las ruletas, el bacará, la lotería de figuras con su gran hule pintado y cuadriculado. Ante esta se detuvo y colocó una moneda de diez centavos sobre “Don Ferruquito Galán, el marido de mi comadre Prisciliana”, como vociferaba el garitero cuando la magra figura aparecía en la boca de la baraja. Don Ferruquito lucía allí muy peripuesto, con sombrero, bastón y cuello de pajarita, aunque todas esas prendas se mostraban bastante usadas, arrugadas. Pero en esa vuelta Don Ferruquito no *salió*, es decir, no pagó nada. Ruidíaz continuó su gira oyendo las canciones de los traganíqueles, viendo a los concurrentes desplazarse de una a otra mesa, de una a otra cantina, mirando de reojo a las mozas de las freidurías. Al pasar por una de estas alcanzó a oír la palabra *acaparador*. La palabra había sido pronunciada por una mujer, y

fue quizá, esta circunstancia la que lo llevó a detenerse. Pero fue solo un instante, como para verificar que la palabra dicha había sido la que él había oído; sin volver siquiera la cabeza, continuó tranquilamente su paseo. De pronto advirtió que el desplazamiento de personas se concentraba en una misma dirección: la cantina de *la Seca Inés*, en cuya puerta había un grupo compacto que se agrandaba por momentos.

Ruidíaz logró un sitio entre los curiosos y vio en el suelo, boca arriba y con los ojos abiertos, al Negro Juancho. Tenía un yatagán hundido hasta el mango en la base del cuello, frente al mentón. Una mujer dijo: “Si, es el Negro Juancho, el que vive en Rebolo”. La propietaria de la cantina, muy nerviosa, entraba y salía constantemente; al llegar a la puerta decía siempre lo mismo: “Aquí nunca había pasado una cosa así”. Ruidíaz se acercó por otro lado y vio sobre la oreja derecha del muerto el cabo de lápiz amarillo que le había prestado por la mañana. Era realmente extraño que aquel pedacito de lápiz se hubiera mantenido allí, como si la muerte —en vez de derribar al Negro Juancho— le hubiera dado tiempo para acostarse suavemente. Ruidíaz tuvo un sobresalto y sintió una especie de asfixia, pero levantando la cabeza como si mirara algo arriba, logró normalizar su respiración. Quiso luego inclinarse sobre el cadáver para comprobar de nuevo la identidad del lápiz, pero un brazo golpeó su pecho y lo empujó con fuerza hacia atrás: era el policial encargado de vigilar el cadáver mientras llegaban las autoridades judiciales a hacer el *levantamiento*. Ruidíaz se asustó, pensó que si se mostraba muy interesado lo detendrían para interrogarlo, quién sabe por cuánto tiempo, y entre tanto su negocio estaría paralizado. “No hay que meterse en líos” —se dijo mientras se alejaba—. “Cierto que el Negro Juancho era un buen cliente, pero no hay que meterse en líos”. Estaba muy perturbado y sintió que necesitaba tomar algo frente; entró a una cantina bastante alejada del lugar del crimen, y como un homenaje a la memoria del muerto pidió un trago de ron blanco. Pensó que podría cooperar en el entierro, pero luego se dijo: “¡Uf!, ¡eso debe costar una barbaridad! Yo podría dar cincuenta centavos, pero seguro que querrían sacarme más. Es mejor no dejarse ver”.

Con el licor empezaron sus nervios a relajarse. El traganíquel de la cantina empezó a tocar *Fumando espero*, canción que siempre le había parecido de gran impulso lírico, sobre todo en aquello de “porque flotando el humo me suelo adormecer”. El naranjero tomó otro trago, introdujo él mismo una moneda en el traganíquel para repetir la canción, y una vez terminada esta abandonó el establecimiento. Se sentía en paz con su conciencia. Eran ya sacrificios suficientes el haber pagado dos tragos del licor preferido por el muerto, la moneda en el traganíquel y la preocupación que lo llevó hasta decir: “Pobre Juancho... y, ¡qué tal si le presto el lápiz nuevo, que me costó sesenta centavos!”.

Mientras se alejaba miró hacia la cantina de *la Seca Inés*, pero no había allí nada anormal. “Bueno, bueno, se dijo, ya se llevaron el cadáver... La policía es eficaz”.

A medida que se olvidaba del hombre tendido en el suelo con un yatagán en el cuello, Ruidíaz se acordaba más de los diez centavos perdidos en la lotería de figuras. Buscaba con la vista la mesa en que su pérdida se

había producido cuando oyó al garitero que gritaba: “Don Ferruquito Galán, el marido de mi comadre Prisciliana”. Ruidíaz empuñó la mano derecha, que llevaba dentro de un bolsillo del saco, y golpeando el fondo del mismo, dijo con rabia: “¡Ahora es cuando sale ese viejo badulaque!”.

El lunes, cuando sus vecinos de Barranquillita le preguntaban si se había divertido la noche del sábado, Ruidíaz hacía gestos de negación y de disgusto. No quería que le hablaran de esa noche en que Don Ferruquito le había robado diez centavos, uno de sus mejores clientes había muerto con un lápiz suyo sobre la oreja, y él (Ruidíaz) se había visto obligado a hacer cosas tales como beber ron blanco y echar monedas en los traganíqueles, cosas todas que contradecían su forma de vida y podrían apartarlo de la línea recta que se había trazado y que según sus planes debía convertirlo, a través de las naranjas y de las cajas de ahorros, es un magnate financiero.

Cuando se sentó para hacer las primeras cuentas del día vio brillar sobre el escritorio el largo lápiz verde y se dijo con orgullo: “¡Setenta centavos!... ¡Qué tal! No hay como ser precavido... ¡Un hombre así tiene que triunfar!”.